

Antonio Colinas

Leyendo en las piedras

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Leyendo en las piedras

Los espacios de la memoria	13
Historias de lobos	21
Huellas	25
El Divino Morales	31
La fragua	37
Leyendo en las piedras	43
Viajes	51
Un zumbido de abejas	57
Rita	65
Los corrales	71
El guardián de ruinas	77
De la memoria histórica	87
Aquel fulgor del vino	95
Esperando la nieve, esperando la música	103
Alguien me está observando	111
San Bresme	119
Calpurnia, un sueño de luz	129
Siempre te esperaré donde se pone el sol	139

Para Susana y Luis Carnicero,
que estuvieron muy cerca del renacer
de la casa y del espíritu que animan los relatos
de este libro.

Los espacios de la memoria

He tenido que regresar, una vez más, a Petavonium. En esta ocasión es como si me reclamase la muerte. Han muerto los míos y alguien del lugar me escribió para decirme que había demasiados hierbajos reseco en el patio de la casa, que existía el riesgo de que se incendiaran y que, además, estaban a punto de hundirse el horno y el tejado de la vieja cocina.

Muerte llama a muerte. Después de la desaparición de los seres queridos, de nuestros mayores, viene ese amargo trago final de regresar al solar de los sueños deshechos, al valle y a la casa en la que, en un tiempo, los veranos fueron de oro.

Mi estado de ánimo lo resumen muy bien esas hierbas salvajes que no se cortan desde hace años, la invasión de la yedra y de la parra, que no han cesado de crecer por todo el patio. Nadie se ha ocupado de ir las podando, así que las plantas han crecido de una manera desmesurada. No sólo han tapizado el suelo y los muros, sino que la yedra ha penetrado por debajo de puertas y ventanas y, lo que es más grave, por las grietas de las paredes. De forma que el adobe de éstas se ha acabado entreabriendo. Ha dejado pasar las lluvias y ha traído la ruina a algunas partes de la casa.

Por ejemplo, a la vieja cocina y al cuarto del horno. Todavía hoy, para mí, este cuarto del horno es como la esencia de la casa y de aquel tiempo definitivamente perdido de mi infancia y de mi adolescencia. El horno era y es, sobre todo, su aroma: aroma a brasas de jara, a pan tierno, a masa ácida. Estos tres aromas embalsamaban la casa los días que se hacía el pan o los dulces; se fundían en mi memoria entrañablemente, transformaban el mundo a mi alrededor. Hoy el horno se ha derrumbado totalmente y, con él, aquel tiempo dichoso.

La yedra y la lluvia han podido, como he dicho, más que las humildes paredes. No cabe la restauración. Habrá que construirlo de nuevo, pero ¿dónde hallar hoy la sencillez y la bondad de la piedra y del adobe perdidos, la blancura de la cal, las losas ennegrecidas por la ceniza, desgastadas por el uso y el afecto que se ponía en las costumbres seculares? Afortunadamente, al retirar la masa del adobe derrumbado me he encontrado con un pequeño tesoro: se trata de un arcón dentro del cual estaban las herramientas de mi abuelo.

Menos graves han sido los daños producidos en la vieja cocina; aun así, se han hecho notar con una brusquedad alarmante. Se desmoronó la chimenea que coronaba la campana del lar y una gran gotera ha dejado pasar el agua, poco a poco, durante los últimos inviernos. El agua se ha colado para deshacer el adobe. Las escurrajas terrosas y amarillentas han teñido la cal de las paredes. Es como si este espacio no hubiese cesado de llorar durante el tiempo de mi ausencia. Aun así, la alacena de obra, las losas del hogar, la boca del horno bastan para devolverme a los días de entonces.

Parece que podré salvar los dos escaños de madera que hay en la cocina. Los que construyó mi abuelo. Uno de ellos, el pequeñito, lo hizo para mí y para mi

hermano. Hoy está muy endeble; sus refuerzos de cuero claveteado se han deshecho. ¿Se podrá restaurar?

¿Se puede restaurar el pasado? ¿Se puede rescatar la memoria de entonces a través de este mueble humilde?

¡Lo que construyeron, lo que labraron las manos de mi abuelo el herrero...! Recorro los espacios y encuentro algunas huellas inmutables: las grandes llaves de la casa y de la bodega, mi cuna pintada de un azul celeste, las trébedes y las cadenas del lar, las herramientas menores de la fragua, que aparecieron en el arca sepultada bajo el horno...

¿En qué sustentar tanta desolación?

En este sentido, he reparado en algo a lo que nunca había dado importancia hasta ahora: en una gruesa, enorme lastra de piedra derribada en un rincón del patio. ¿Para qué sirvió? ¿Para qué la trajeron a la casa, sin duda desde alguna necrópolis, o desde las ruinas del castro celta? De niño, nos servía para sentarnos, pero no logro saber qué uso, qué interés pudo tener en su origen. Acaso la trajeron para construir un gran banco o una mesa de piedra en el patio, pero me parece improbable. Quizá, por demasiado grande, no pudo ser utilizada para la construcción de la casa y quedó arrumbada fuera.

Así que ahí descansa –como un enorme trozo de tiempo congelado y ferroso– la gran lastra de piedra. Es para mí, desde que he llegado, como una obsesión; acaso porque he comprendido que, sobre su firmeza, puedo alzar no sólo el abandono de esta casa, sino también mi propio abandono: este transcurrir de la edad que no perdona, esta inestable y agobiada madurez, que no cesa en sus crisis, ese revulsivo que ha supuesto la muerte de los míos y que ha sacado a flote, con enorme realismo, el tiempo de mi infancia y de mi adolescencia.

A la vez, habiendo regresado de golpe aquel tiempo para turbarme, estoy como huérfano de él, de lo mejor de mi vida. Hoy, en mi memoria y en esta casa, se hace y se deshace aquel tiempo pasado y feliz, mis días en la infancia de los veranos de oro.

Me he sentado sobre la gran piedra a meditar. Veo las altas hierbas, la maraña de la parra, la yedra reptando como innumerables víboras que se aproximan a mi conciencia, a mi voluntad. Detengo la reflexión y voy a hacer algo que urge. Veo que los dos lilares están resecos, abrasados por soles y cierzos. Aún se podrán salvar. Traigo unos cubos de agua para regarlos. Voy y vengo, portando los cubos, obsesiva, incansablemente, hasta que el agua rebosa en las hoyas, hasta que siento mis pies encharcados.

También con el agua abundante quiero hacer revivir aquel pasado: un tiempo de fuentes y de lagunas; quiero volver a ver de repente los lilares en su plenitud, con su verdor y sus penachos de flores. ¿Eran blancas o eran moradas sus flores?

(Doloroso sería, sin embargo, sentir ahora el perfume enfermizo de las lilas.)

Corto todas las ramas secas. Tengo fe en que estas plantas vuelvan a ser como la germinación de aquel tiempo.

Se salvarán.

Regreso a meditar junto a la gran piedra. Me llega de ella una energía que no veo, pero que siento en mis nervios y en mis huesos. Una energía que me fortalece. La piedra es como otra semilla –la más poderosa– que me dará vigor y vida. Pienso en que podría limpiar todo el corral. Arrancaría las malezas, desbrozaría los empedrados ocultos y rastrillaría la tierra para poner en ella una pradera limpia, de hierba áspera y fuerte.

Y podría –ya liberado el espacio– hacer algo con esta gran piedra. Quizá, con ayuda de alguien, la pondría en pie, la hincaría verticalmente como si fuese un menhir; de tal manera que, en todo momento, fuera un símbolo de referencia, la fuente de esa energía a la que podría acudir siempre que la necesitase; siempre que llegase aquí, como ahora he llegado, deshecho.

¡La piedra: su energía silenciosa, indestructible!

Desde donde ahora estoy veo que el muro que cerca el patio también está ruinoso en algunas partes. Por una de ellas se puede incluso saltar desde el exterior. Sin duda, la chiquillería del pueblo ha entrado, una y otra vez, por esa zona carcomida de la tapia y ha encontrado en la casa un lugar ideal para sus correrías.

Así que, tras darle un destino y un sentido a la gran piedra-símbolo, a la gran piedra salvadora, habría también que poner en orden esas piedras más pequeñas de la tapia. De manera que el sólido muro proporcionase igualmente sentido a mi vida, constituyese una frontera frente a todo aquello que está fuera y que acecha: el paso del tiempo, la enfermedad, el poder del mal, la muerte.

Hacer de la casa un espacio interior y cerrado; hacer de la casa y de su patio cercado un monasterio pobre, un eremitorio, un centro del mundo.

Frente a esa especie de poder recuperable, salvador, que veo en el patio y en sus piedras, se halla el abandono, más hiriente, del resto de la casa, la presencia de telarañas y de polvo. No puedo decir –sería muy prolijo– a qué se ha debido este abandono en el que ahora reparo y al que yo mismo no soy ajeno; este abandono que, en esencia, es fruto del olvido y de la muerte.

Siempre pensé que la casa estaba a salvo en este valle alejado, plácida e inmutable como en los días de mi in-

fancia. Creía que aquí, como la memoria de mis días de entonces, el tiempo se había detenido. Pero no contaba con la inexorable marcha de ese mismo tiempo, con el dolor y el desarraigo, con la huida para siempre de los de mi sangre.

Tenía la casa sepultada en lo más dulce y profundo de mi memoria, pero aquí está ahora abriéndose ante mis ojos como una tumba: con sus restos, pero también con sus reliquias; con los viejos huesos de un cadáver, pero también con los pequeños restos de metal y cerámica, con la ceniza y las piedras salvadoras. Esas piedras que son como las ideas firmes que yo preciso para volver a levantar la casa y para levantarme a mí mismo.

Aquí sucede como con los restos arqueológicos que los arados sacaban a la luz con sus rejas de entre los pedregales del campamento romano: surgen asimismo, con los huesos, algún modesto trozo de metal o de cerámica, cenizas, alguna oxidada moneda de cobre. También en cuanto la reja devuelve al aire leemos símbolos, buscamos salvación y apoyo.

Es la intrahistoria, que nos salva de la inseguridad del presente, del terror de la Historia.

En estos restos recuperamos la vida e ignoramos la crueldad del paso del tiempo, la que conduce a la muerte. Esa misma muerte de las ruinas que, sin embargo, no deja de fertilizarnos en el aire que respiramos arriba, entre las grandes peñas que coronan el castro. ¡Los grandes peñascos de mi infancia, desgastados por las heladas del invierno y por los soles abrasadores del estío, de los que también he recibido siempre tanta energía para seguir adelante, tanta vida!

Pero hablaba del abandono del resto de la casa. En las habitaciones siento como un desconsuelo mayor,

aunque techos y paredes están en buen estado. Hay, sin embargo, esa pátina de polvo y de telarañas que me apesadumbra. Y, sobre todo, hay en el interior una gran soledad, que no puedo resistir. Dentro de la casa no hay palabras, risas, aromas, sonidos, calor, amor.

En este sentido, es más difícil dar vida a los cuartos destartalados y a sus muebles tristes, a los suelos de tablones crujientes o de tierra apisonada, que a la gran piedra del corral. Ella es como un asidero, como una argolla salvadora en la borrascosa mar que ahora es mi cerebro. La vida, el transcurrir del tiempo, la muerte de los demás, lo han puesto en este estado.

He probado a hacer lo que, ante todo, realizaba al llegar otras veces. Alguien me abría la puerta de la casa —quizá la mano de uno de mis tíos—, pero ahora ya no está esa mano. Luego, me gustaba quedarme solo en la casa, agarraba con fuerza la pesada llave de hierro y me dirigía hacia la alcoba y a la cama en la que yo había dormido de niño. Me tumbaba sobre la colcha, cerraba los ojos y me parecía que el tiempo no había transcurrido, que la casa aún era un refugio plácido.

Creo que, en esos momentos, le pasaba algo a mi sangre; había en ella como una transformación, como una metamorfosis que alejaba desasosiegos o enfermedades. Cerraba los ojos y creía recuperar todo lo perdido.

Entonces, durante aquellos regresos de mi juventud y de mi primera madurez, el tiempo parecía no haber pasado. Creía que aún el sol que filtraban las cortinas era de miel y que los aleros estaban llenos de golondrinas y de vencejos que no cesaban de chillar jubilosos. Me parecía volver a escuchar, al anochecer, el sonido de las esquilas del rebaño de mil cabras, que volvían llevando en su piel un perfume áspero de jara y de encina.

Me parecía también que alguien llegaba para traer-

me un jarrito humeante de leche recién ordeñada y hervida, de esas mismas cabras. Su densidad y su sabor a monte me sumergían en el más plácido de los sueños. Como en mi más remota infancia, cuando escuchaba el último relato de lobos, en estos nuevos regresos me volvía a dormir profundamente. Y era, sobre todo, durante ese sueño cuando yo recuperaba mi infancia y mis vivencias perdidas.

El abandono y la pesadumbre ¿están, en realidad, en la casa o en mí? No quiero volver a pensar en la muerte que regresa y desaparece, que desaparece y regresa, que en definitiva nos acecha a cada instante. El abandono está en la casa y en mí, pero el vacío está, sobre todo, en mí. Y de esta situación de vacío es de la que hay que partir para volver a recuperar la armonía perdida.

Hay que partir de ese abandono y soledad de la gran piedra del patio, en la que debo encontrar energía, vida. Parecía que no me bastaba esa presencia fuerte de la piedra y busqué una soledad más profunda en la alcoba y en la cama fría. Pero allí nada se me comunicaba. Mi ánimo se devoraba a sí mismo.

Por eso, he vuelto a salir al patio y a mirar fijamente la piedra.

Cae la noche.

Estoy solo y no sé qué hacer. Necesidad de revivir.

¿Se puede revivir entre las ruinas propias y las ajenas?

Entre la gran piedra y el sueño se debatirán esta noche mi tensión y mi vida. El tiempo pasa, pero la madrugada tardará en llegar.

Afortunadamente, hay en el aire esa energía que va de la pesada llave de hierro que tengo entre mi mano a la gran piedra, de la gran piedra a la llave.

Esa energía me salvará.